



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGIA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

“Reflexiones sobre la práctica.

El psicoanálisis en instituciones asistenciales para niños”

Docente responsable:

Pablo Zenón

Alumno:

Naya, Ignacio N-0495/2

-2017-

Índice

Resumen.....	Pág. 3
Palabras clave.....	Pág. 3
Introducción.....	Pág. 4
La institución y la propuesta práctica	Pág. 5
Desde la práctica hacia la experiencia	Pág. 6
• Primer recorte.....	Pág. 7
• Inhibición.....	Pág. 10
• Separación.....	Pág. 10
• Corazón delator.....	Pág. 11
El analista en la institución.....	Pág. 13
Conclusión.....	Pág. 15
Referencias Bibliográficas.....	Pág. 16

Resumen

El presente escrito, en forma de ensayo, nace de la práctica psicoanalítica en una institución comunitaria para niños. Por ende, explora las posibilidades de ejercicio del psicoanálisis en ese tipo de instituciones. Asimismo, indaga los efectos que se producen como consecuencia de su práctica y también las problemáticas que conlleva su aplicación. Finalmente se ensaya también sobre la importancia de la práctica y de su consiguiente reflexión como una vía hacia la experiencia.

Palabras clave: Psicoanálisis, institución, niños, práctica, experiencia

Introducción

*"Es indispensable que el analista sea al menos dos: el analista para tener efectos y el analista que a esos efectos los teoriza".
(Lacan, 1974-5)*

Siguiendo la indicación de Lacan, la propuesta de este ensayo es explorar, a partir de la experiencia práctica, las posibilidades de ejercicio del psicoanálisis en una institución comunitaria o asistencial para niños y púberes; sin dejar de lado las vicisitudes que ello conlleva. Dichas vicisitudes están directamente relacionadas con las transformaciones que debe sufrir, en sus puntos centrales, la técnica analítica.

Este es el primer obstáculo que se presenta, pero no constituye una imposibilidad, ya que no es lícito coagular al psicoanálisis identificándolo con una técnica y mucho menos con una terapéutica. Ya en sus primeros pasos Freud daba a entender que el aspecto técnico era lo más variable del psicoanálisis; e instaba, esperanzado, a que el psicoanálisis vaya más allá del consultorio privado.

En definitiva, el psicoanálisis no es una técnica ni una terapéutica. Es una práctica, una práctica de discurso, en cuyo ejercicio nos servimos de la guía que nos concede sus fundamentos, así podemos asegurarnos de no perder el rumbo, aun cuando transitemos caminos que no estén demarcados.

Ahora bien, que no consideremos al psicoanálisis como una terapéutica no lo despoja de la posibilidad de producir efectos de carácter analítico que, en última instancia, pueden resultar terapéuticos. Habrá que indagar el concepto de terapéutico tal como lo podemos entender en psicoanálisis. Por lo tanto, este escrito también tiene como propósito explorar esos efectos a partir de la práctica llevada a cabo en la institución antes mencionada.

Así, con la conceptualización del psicoanálisis como práctica de discurso, se nos abre una puerta para el ejercicio de esa praxis en otros escenarios, es decir, fuera del consultorio privado. Y también nos da la posibilidad de ejercerlo sin la necesidad de extrapolar las condiciones que se suponen ideales para llevar a cabo un análisis, condiciones que se corresponderían con el encuadre clásico, siendo el diván su símbolo más prominente.

Por el contrario, de lo que se trata, es de sostener una praxis sin estándares pero con principios; principios arraigados en una ética y que se constituyen como inseparables de esta.

Volvemos a la cita que encabeza esta introducción. Con ella Lacan nos exhorta a dar cuenta de lo que hacemos como analistas, nos incita a reflexionar la práctica para reintroducir como saldo una experiencia. Ese es también el objetivo que se persigue en este ensayo.

La institución y la propuesta práctica

Lleve a cabo mi práctica profesional supervisada en el denominado Centro de Acción Familiar número dos (C.A.F. n°2) de la ciudad de Rosario. Los CAF son instituciones de carácter socio comunitarias que forman parte del Sistema de Protección de los Derechos de Niñez, Adolescencia y Familia; dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Santa Fe. Los objetivos institucionales a los que apuntan, según la ley, son: Promover el desarrollo de sujetos sociales activos, construir conjuntamente con las familias estrategias y abordajes de las realidades que los atraviesan, y fomentar un abordaje interdisciplinario, interinstitucional e interministerial promoviendo la construcción de redes con organismos e instituciones gubernamentales y no gubernamentales.

Al CAF concurren niños desde el año hasta los 14 años y son organizados en distintas aulas según la edad. Allí realizan talleres, actividades lúdicas y deportivas y se les sirve el desayuno y el almuerzo; todo esto a cargo de los coordinadores. También se les brinda a los niños y sus familias asistencia de carácter interdisciplinaria conformada por el "equipo" (psicólogos, fonoaudiólogos, trabajadores sociales).

El ejercicio que allí desarrollé se efectuó en el marco de la materia "Práctica Profesional Supervisada" de sexto año de la carrera de psicología U.N.R. La propuesta de la asignatura no tenía que ver con incluirme en el equipo interdisciplinario formando parte del área de psicología, sino que la proposición era unirme a uno de los grupos de niños para llevar a cabo las actividades a la par de ellos para así poder pesquisar los detalles que crea pertinentes de una intervención desde mi praxis.

Desde la práctica hacia la experiencia

El título de esta sección esboza un intento de estar en coincidencia con la indicación de Lacan que encabeza este ensayo, al mismo tiempo que promete un trayecto con un punto de inicio y un punto de llegada.

Parto de la afirmación de que la experiencia no es homologable a la práctica. La práctica no se decanta por sí sola sedimentándose como experiencia, se necesita un paso más. Entonces partimos de la práctica y vamos hacia la experiencia, la cual decimos que se constituye como producto de la reflexión sobre esa misma práctica. Asimismo la reflexión es una forma de responsabilizarse por la acción. Pero aquella obviamente no es posible sin la base que nos aporta la teoría, aunque ésta este constantemente en tensión con la práctica. Desde aquí comenzamos.

En principio creo conveniente señalar que es de suma importancia fijar una posición respecto a lo que se puede alcanzar con el ejercicio del psicoanálisis en instituciones comunitarias. Tal como dice Isidoro Vegh, se trata de “establecer los límites, establecer lo que esa clínica excluye. Alcanzar una eficacia implica renunciar a cubrir aquello que la excede”. (Vegh, 1997, p. 99) En suma, delimitar lo posible de lo imposible para no caer en la impotencia. Estar advertido de las imposibilidades nos resguarda de conducirnos por nuestros ideales. En consonancia con el espíritu de este ensayo hay que decir también que debemos estar advertidos de que no todo puede ser escrito ni descrito. No toda la práctica puede ser reintegrada a la experiencia, quedan restos opacos a la reflexión.

Pero, volviendo a lo que nos despierta la frase de Vegh, vale preguntarse entonces ¿Qué es lo posible de esta práctica? ¿Qué es lo que se puede lograr? Y consecuentemente ¿Qué hay que dejar de lado? ¿A qué debemos renunciar? En principio, creo que lo que excede una práctica con las especificidades que he comentado más arriba, es una dirección de la cura. Aquí no se tiene como principal objetivo el curar, no hay nada que curar en el sentido de la terapéutica moderna, sentido por el cual se entiende: volver a un estado anterior de equilibrio. Alfredo Eidelsztein, en uno de sus libros, se vale de la etimología para explorar el término “terapéutico”:

“*Terapon* designaba, en la antigüedad, al compañero del guerrero, el que conducía su carro, el que le ayudaba a colocarse la armadura. (...) Luego paso a significar el que acompaña y brinda servicios, cuidados a una persona importante, y finalmente, termino significando: el que brinda cuidados a un enfermo. Como se ve, “lo terapéutico” era más bien la posición de alguien dispuesto a acompañar, ayudar y brindar cuidados al personaje importante o al enfermo”. (Eidelsztein, 2012, p. 48)

Con el uso etimológico del término, la terapéutica se acerca mucho más al trabajo del psicoanalista que con su sentido más moderno, que solo apunta al restablecimiento del individuo vía la eliminación de su síntoma y sin darle lugar al sujeto. Por el contrario, a lo que podemos apuntar en un principio en una práctica institucional del psicoanálisis tal como venimos relatando, es al alojamiento del sujeto. Se trata de otorgarle un espacio donde, mediante la escucha, pueda sentir que es tenido en cuenta por el Otro, que ocupa un lugar en el deseo del Otro.

Pero no solo se circunscribe a ese ejercicio, que quizás también pueda ser realizado por diversos sujetos que no pertenezcan a la práctica psicoanalítica (siempre y cuando la transferencia los ubique en una posición pertinente), sino que también, el campo de posibilidad que se abre, a partir de delimitar lo imposible, es un terreno donde podemos actuar mediante intervenciones que relancen al sujeto allí donde lo consideramos detenido, o sea tender al acto que haga surgir un efecto de sujeto. En este sentido,

“el psicoanálisis de niños queda ubicado entonces ya no como una manera de curar lo enfermo, sino como un modo de acompañar y sostener los procesos constitutivos, destrabar aquellos que se hubieran estancado, promover aquellos recursos que se revelan efectivos”. (Colovini, 2015, p. 72)

El analista, entonces, toma a su cargo las funciones que el Otro no puede sostener.

Otra pregunta necesaria nos salta al paso: ¿Cuáles son las condiciones para lograr efectos de carácter analítico en una institución? En principio es imprescindible que haya alguien que se sitúe en posición de analista, y para esto es ineludible estar conducido por ese deseo singular que es el deseo del analista. Al mismo tiempo los sujetos que transitan por la institución instituirán esta posición de analista vía la transferencia, siendo este otro principio ineludible para que allí acontezca algo del orden del psicoanálisis.

Especificando más la posición del analista, diré que la mejor postura que he encontrado para habitar este espacio de práctica es la de un analista que se preste para su utilización ofreciéndose con su palabra y su cuerpo. Digo que es la mejor que he encontrado porque he intentado otras que no han producido resultados e incluso fueron contraproducentes al análisis. Por ejemplo, cierta posición de búsqueda, casi de persecuimiento llevado por la inexperiencia y el ánimo de introducirme en una práctica novedosa. Posición que pude corregir rápidamente con la ayuda de la supervisión, tal como ilustraré más adelante.

Consecuente con la posición que creo más eficaz para esta práctica es la indicación de Miller: “*el analista permanece disponible, preparado para todas las oportunidades*” (Miller, 2010, p. 47) se trata de un estado de apertura, de receptividad a lo que puede emerger en el campo en el cual actuemos.

Respecto al requisito fundamental para toda práctica psicoanalítica, es decir, la transferencia, puedo decir que se instaló muy rápidamente entre los niños y también entre los coordinadores. Mi estrategia, en principio, no fue presentarme como un practicante del psicoanálisis, de este modo empezó a formarse muy pronto un vínculo con los concurrentes al CAF, o en otras palabras, una transferencia positiva más del orden imaginario. Basándonos en el esquema L estaría ubicada en el vector a-a', vertiente en la cual rápidamente pueden despertarse las resistencias y las agresiones, por lo que lo mejor sería ir virando hacia el carácter simbólico de la transferencia que busca el saber.

A continuación pasare a comentar una viñeta clínica sobre un jovencito de 11 años donde se ilustra las vicisitudes transferenciales y la posición del analista, fallida en principio y luego encausada por las indicaciones de la supervisión.

- **Primer recorte**

Cuando vi al joven por primera vez me saludo con la mano sin articular palabra. Yo había oído de él en una reunión previa con los trabajadores del CAF, en la cual lo presentaban como un niño muy agresivo y problemático.

Enseguida fuimos a desayunar y al finalizar se me acercó y me dijo “profe Nacho (así me llamaban todos) mira lo que me hicieron jugando al futbol”, se levantó el pantalón y me mostro una pequeña herida en su pierna.

Qué curioso, pensé luego, aquel chico que nombraban “violento” se presentó ante mí mostrándome una herida que le había provocado otro.

Ese día hubo taller de musicoterapia, pude ver la imposibilidad de este niño de mantener la atención y permanecer sentado, era evidente el desborde pulsional en su cuerpo que se veía impedido de controlar y generaba molestia en todos los demás.

Más tarde jugamos al futbol y se dio un incidente. Uno de los niños metió el gol de la victoria ante el equipo de este joven, y al parecer este se enojó porque aquel niño de 8 años le festejo el gol. El muchacho no se pudo contener y lo corrió por todo el parque, los

coordinadores solo lo amenazaron pero no lo detuvieron. Por mi parte, lo seguí hasta el baño donde lo encontré a punto de golpear al niño, se lo impedí y lo lleve a un aula para tranquilizarlo, cuando me aseguré de que estaba calmado fuimos a almorzar. Se ve que esta intervención con mi cuerpo al detener su impulso y con mis palabras para calmarlo tuvieron consecuencias.

Al parecer mientras comía le preguntó a una de las coordinadoras por mi función en el CAF y esta lo esclareció sobre mi práctica. Al terminar de comer se me acerco:

-¿vas a venir todos los miércoles?

-No sé, yo venía los jueves, pero quizás empiece a venir los miércoles ¿vos querés que venga los miércoles?

-Sí, yo no vengo los jueves, y quiero hablar con vos.

-¿Sobre qué querés hablar conmigo?

-Sobre mi comportamiento.

Jamás pensé que podía recibir una demanda tan rápidamente, aunque en ese momento él no quiso seguir hablando diciendo que empezaríamos la semana próxima.

Ausencias del muchacho, luego actividades especiales en la institución y la interrupción del receso invernal hicieron que me desanimara porque sentía que se había diluido mi relación con él y temía que su pedido de “hablar” conmigo ya no tenga efecto, que ya lo hubiera olvidado, que ya no lo sostenga.

Dudaba entre empezar a fortalecer el lazo nuevamente o encararlo directamente y recordarle su demanda. Finalmente elegí la primera opción.

Al final de la jornada me senté a su lado para almorzar:

-Me quiero cortar el pelo, hacerme unas líneas en la cabeza.

-Vas a tener que ir con alguien que sepa.

-Mi mamá me cortaba el pelo, me hacía las rayitas.

-¿Cuándo eras chico?

-Sí –respondió sin mirarme, como con la mirada perdida, enseguida se paró, fue hacia el baño y en el camino le dio una cachetada a un nene que molestaba a su hermana más pequeña.

Yo no tenía muy claro en ese momento el asunto de su madre, pero había oído en las reuniones de personal que él vivía con sus tíos, por lo que entendía que su acción podía leerse como un *acting out*, como una llamada al Otro mediante una mostración que invita a la interpretación, de la cual, me abstengo.

Semana siguiente:

-no te hiciste el corte.

-no, a mi tía se le rompió la máquina.

-me quede pensando el otro día que hablábamos y te paraste y le pegaste a un chico

-sí, porque estaba con mi hermana y la molesta.

-¿y te acordás de que estábamos hablando en ese momento?

-no

Nuevamente se paró y se alejó de mí.

La semana siguiente el joven no concurre al CAF. Para aprovechar el tiempo hablo con los coordinadores sobre él. Me cuentan un poco de su historia sin demasiadas precisiones aunque sí me hacen notar características de su personalidad: receptivo, abierto al otro, defensor de las mujeres y señalan una “identificación con el padre” en su forma de caminar. Asimismo me recomiendan que pida a la directora el legajo para tener más detalles de su historia y eso hago, lo que descubro allí me pone la piel de gallina.

La madre del muchacho muere a principios de 2013 como consecuencia del VIH, según pude leer en el expediente, los golpes y maltratos de su marido le provocaron secuelas neurológicas que desembocaron en dicha enfermedad y le provocaron la muerte.

La madre había conocido a su marido cuando este estaba detenido en la cárcel, desde el primer momento en que quedó en libertad comenzaron los malos tratos hacia ella y más adelante hacia el joven y su hermana por lo que tenía varias denuncias y prohibiciones de acercamiento que no cumplía.

Al morir su madre queda al cuidado de su tía (hermana de la madre) que ya tenía una familia conformada (marido y 5 hijos).

El padre del muchacho muere asesinado en el año 2015, no estuvo muy claro quiénes fueron los culpables, la versión que sostenía el joven era que lo mató la policía. La versión oficial constata que, en realidad, fue llevado a un *bunker* donde fue atado con alambre de púas en una silla, a continuación le cortaron una mano y los genitales, y finalmente le pegaron un tiro.

Esta última versión, fue esclarecida al muchacho por su abuela. Él respondió con lágrimas, a diferencia de su hermana que sentenció: “se lo merecía”.

Entretanto, realizo una supervisión llevado por mi sentimiento de sentirme perdido con estos desencuentros que se producían entre él y yo. Recibo una indicación respecto a mi posición y mi proceder: no andarle detrás, sino de costado, actuar sesgadamente, generar demanda ofreciéndome sutilmente.

La semana siguiente actué en consecuencia con la indicación, vino él solo a saludarme y durante la clase de yoga estuvimos juntos y todo el tiempo me miraba e imitaba mis movimientos. Para la siguiente actividad teníamos planeado salir al parque de enfrente, el joven me pregunta si podíamos ir al sector de juegos a conversar, y eso hicimos. Aunque no profundizó en lo que yo esperaba luego de leer su legajo, me hablo de un pedido que le hizo a su tía respecto a cambiar de día para ir a gimnasia al mismo tiempo que su hermana para poder cuidarla. Aproveché para indicarle que cuidar no es equivalente a pelear con los demás, trayendo el ejemplo de cuando se paró y le pego al niño que estaba con su hermana. Pero se mostraba esquivo y comprendí que me estaba apurando, que no era su momento para desplegar ciertas cuestiones.

Luego estuvimos en el río arrojando piedras, yo me mostré prudente, más bien silencioso, pero concentrado en jugar juntos.

Al final de la jornada, yéndonos del río me pone su brazo en mi hombro y me dice que es lindo estar conmigo, hice lo mismo y le recordé que yo estaba ahí para todas las veces que él lo necesite.

Esta experiencia me sirve para considerar la función de alojamiento del sujeto por parte del analista puesto en posición de Otro. Pero fundamentalmente me hace reflexionar sobre mi posición en la transferencia y, consecuentemente, ensayar estrategias acordes. También es útil para comprender, mediante el error, la importancia de no forzar las verdades que no están listas para ser enunciadas y en consecuencia escuchadas.

Por último, se me presenta una incertidumbre respecto a los efectos psicoanalíticos. ¿Cómo puede un analista adjudicarse un resultado analítico que no se ponga de manifiesto inmediatamente después de su intervención? Esta pregunta me surge como consecuencia de haber indagado en los coordinadores respecto a cómo veían últimamente al joven. Su respuesta fue que estaba notablemente más tranquilo y que había disminuido su tendencia a confrontar. Por lo pronto, la cuestión aquí abierta me sigue interrogando.

- **Inhibición**

Otro caso donde sí pueden verse efectos inmediatos es el de un jovencito de 10 años ingresado hace pocas semanas. Muy callado, tímido e inhibido, casi sin lazo con los demás niños o el personal de la institución. Apenas hablaba o mostraba interés, no podía poner a funcionar algo de su deseo.

Cierto día la concurrencia de niños al CAF fue muy escasa, lo que me dio la oportunidad de jugar con él en el pizarrón; primero al *ahorcado*, después a quien hacía el mejor dibujo sobre un mismo objeto, luego a la puntería con las tizas. En todas las actividades pudo desplegarse naturalmente, descontracturarse y poner a jugar el cuerpo. Incluso liberó su interés mediante la proposición de juegos, todo esto solo con darle un lugar, un espacio donde pueda armar la escena; ya que como sabemos, “el espacio es del Otro, pero la escena es del sujeto” (Flesler, 2016, p.104)

Una vez más se revela como efectivo el señalamiento de Miller respecto a la posición del analista, la disposición a la disponibilidad. De esta forma, el analista está preparado para acompañar el juego que debe ser jugado (o al menos no entorpecerlo) y así hacer emerger, como efecto analítico, algo propio del sujeto para descoagularlo entonces, de esa posición inhibitoria con la que había llegado.

- **Separación**

También me las tuve que ver con otro asunto en la institución. Dos de los chicos del grupo más grande se separan del resto por voluntad propia, con el fin de formar un grupo paralelo. Eso es lo que me esclarecieron desde la coordinación.

Efectivamente, esa mañana, en el desayuno, se encontraba uno de ellos en una mesa separada, solo. Todos lo veían pero nadie se acercaba. Me senté con él a hablar, le pregunté si quería desayunar, y al responder afirmativamente, se lo serví. No consideré que esta acción exceda mis funciones, sino que era una intervención que buscaba darle al sujeto una muestra de que es tenido en cuenta; ya que parecía invisible a los ojos de toda la institución.

A continuación, me cuenta sus razones para abandonar el grupo. En principio me dice que se siente incómodo con la rigidez de las normas de los coordinadores, a la vez que se queja de que estos no cumplen lo que dicen. En su relato yo también noto que ellos sienten cierto elemento persecutorio por parte de esos adultos.

Así fui apelando a la toma de responsabilidad de este joven en el límite de la niñez y la adolescencia para fomentar la concreción de ese pasaje que se veía dificultado por estar atascados en un lugar de niños que propiciaba el grupo en el que se encontraba.

También intervine con los coordinadores, les expresé mi opinión sobre la situación e insté a que puedan mantener ese nuevo grupo.

“En principio se negaron esgrimiendo el discurso amo de la institución, sus reglas. Eric Laurent nos da la pauta para situarnos frente a esto, “si uno piensa orientarse con las reglas está perdido; tiene que orientarse con el hecho de que, por supuesto, están estas reglas, pero hay que saber hacer con esto, hacen parte del problema, para después actuar conforme al interés del sujeto que sufre.” (Laurent, 2014, p.30)

Entonces, frente al discurso amo de la institución intenté contraponerle el discurso del analista, su reverso. Esto para promover la ubicación de una falta donde tenga lugar esta invención que hicieron los jóvenes para no quedar aplastados por la dinámica institucional en general y de su antiguo grupo en particular, teniendo en claro que “cada vez que hay normas, cualquiera sea, hay algo que no cae dentro de la norma”. (Laurent,

2000, p.31) A partir de allí dispusieron una pequeña aula para estos dos jóvenes, los cuales son acompañados por una psicóloga del equipo.

- **Corazón delator**

El siguiente recorte no es sobre niños ni púberes sino sobre uno de los coordinadores más antiguos de la institución, con el cual noto un fuerte lazo transferencial hacia mí.

Esta viñeta confirma que el analista debe estar preparado para todo lo que emerge, aceptar el envite transferencial y hacer semblante de *a*, ya que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje y es en el análisis que se ordena en discurso” (Vegh, 1999, p.11) es decir, el inconsciente en relación a lo real del sujeto y del goce.

Una mañana este coordinador me pregunta sobre cuestiones relativas al soñar, a raíz de que la noche anterior dejó la tv prendida y lo que allí sucedía sirvió de material para su sueño.

Después de desplegar su experiencia onírica me confía que viene teniendo problemas para dormirse y que cuando lo logra duerme muy mal. Supone que la razón a su problemática es que tiene que ir al cardiólogo, e inmediatamente a continuación me cuenta un episodio sucedido allí en el CAF.

Resulta que le habían avisado que lo estaban llamando por teléfono desde el hospital de niños para ultimar detalles sobre una actividad que se llevaría a cabo en el CAF, pero en el momento en que tuvo que levantarse de la silla para atender se le aflojaron las piernas y se sintió desorientado.

Ante mi pregunta sobre por qué cree que le pasó eso me cuenta que hace 3 años recibió un llamado de la escuela debido a que su nieto sufrió un accidente que lo dejó hospitalizado.

A partir de eso me confiesa que últimamente tiene miedo de morir, enganchando este miedo al hecho de que tiene un *sten* en su corazón como resultado de haber sufrido dos infartos.

Lo insto a que me diga más sobre este miedo. Me cuenta que la directora del CAF ante el episodio que le ocurrió la semana pasada, donde se le aflojaron las piernas, le dijo “no te vas a morir acá que sería un desastre para los chicos” y que la anterior directora también le hizo un comentario similar ante otro hecho. Escuchándose cae en la cuenta de que en realidad este discurso sobre su muerte siempre estuvo, ya que al ponerle el *sten* su cardiólogo le dijo que si seguía fumando se iba morir. Incluso mucho antes sus padres también se lo decían (ya que fuma desde los 9 años).

Mediante preguntas intento llevarlo a una posición de responsabilizarse por ese goce que le estaba generando malestar. Le pregunto si considera que fuma demasiado y me contesta que sí. A continuación le pregunto por qué cree que no puede dormir bien y relaciona inmediatamente sus problemas para dormir con su miedo a morir como producto de este discurso que siempre ha sobrevolado su historia.

La semana siguiente lo interrogo respecto a cómo estuvo durmiendo. Me cuenta que sigue teniendo problemas para conciliar el sueño, pero que está tratando de bajar la cantidad de cigarrillos que fuma. A continuación me relata un ejemplo del que se lo ve contento; el domingo en vez de dar una vuelta manzana como hace los domingos por la mañana, dio la vuelta manzana pero en vez de detenerse siguió caminando varias cuadras más. Dato importante, en el momento de salir de su casa tomó su caja de cigarrillos, dudó un instante, y finalmente decidió dejarla en casa. También me contó que fue al cardiólogo y que este le dijo que no tiene ningún problema físico, y que debería consultar con un psiquiatra. Yo le di mi opinión indicándole que en primera instancia, antes de acallar su síntoma con algún psicofármaco que seguramente le recetarían, lo mejor sería poder hablar de lo que le pasa con alguien más, dejando la puerta abierta para que consulte con un analista.

En este caso las intervenciones fueron muy sutiles al principio, apuntando a promover el despliegue del discurso para favorecer que el propio sujeto sea quien se

escuche, esto mediante preguntas que intentan implicarlo subjetivamente. Pero hacia el final no me privé de darle una indicación casi a modo de “derivación”, si se me permite esa expresión. No sé qué efectos pudo haber tenido ya que este recorte sucedió en los últimos días de mi práctica en esa institución.

El analista en la institución

Avanzados en este trayecto puede resultar fecundo preguntarse ¿Es entonces posible el ejercicio del psicoanálisis en una institución? El testimonio ofrecido hasta aquí parece confirmarlo, pero podemos seguir indagando ¿es realmente psicoanálisis? Pregunta esta que desemboca directamente en otra cuestión: ¿qué es entonces el psicoanálisis? ¿Qué define su práctica? Nos podemos acercar a la respuesta diciendo, en principio, que el psicoanálisis es lo que hace un psicoanalista; por lo tanto, de allí se desprende una llamada de atención a no ritualizar el encuadre ni la práctica clínica clásica, ya que podemos entender que el psicoanálisis no se define por el espacio donde se lleva a cabo, ni por el individuo al cual se dirige. Podríamos decir que lo que marca su especificidad es la ineludible condición de que tiene que haber alguien que ocupe la posición de analista, esto es, alguien que escuche desde su función e intervenga desde ese saber. El hecho de que haya psicoanálisis depende de la posición que adopte el analista, y su forma de responder estará conducida por esa posición. A su vez, la validación de estas intervenciones quedará expuesta en la lectura *a posteriori* que de ellas haga el analista, teniendo en cuenta el efecto que causa en quienes va dirigida.

A su vez, no podemos dejar de lado una cuestión fundamental, la transferencia. Mediante ella el analista es elevado a la posición de sujeto supuesto saber, condición que le permite sostenerse para intervenir. Respecto a esta última cuestión fundamental, he dicho ya que el vínculo transferencial se instaló rápidamente con los niños en mi práctica. Reflexionando sobre este punto llegué a la conclusión de que el analista en las instituciones, y más aún en las que reciban a niños y púberes, no debe relegarse a la soledad de las cuatro paredes de su consultorio, erigiéndose como una figura oscura, enigmática e incluso temible, ya que es proclive a infundir un halo de misterio que bien puede quedar homologado al lugar de lo malo, de la enfermedad para quienes allí tengan que recurrir. Tampoco debe salir a la persecución de los niños obligándolos a mantener una *charla* con él, situación que he podido observar más de una vez en mi práctica y que generaba un rechazo y una resistencia por parte de los sujetos abordados. Ambas posiciones coinciden con la modalidad de *gabinete* que se revela como poco fructífera, según mi observación.

Por el contrario, el analista debe ofrecerse como objeto, debe poder ofrecer su cuerpo a la escena que lo requiera, debe constituirse como una figura accesible, disponible, presente en las actividades cotidianas de quienes pueden ser sus beneficiarios. De esta manera se promueve un efectivo lazo transferencial. Ahora bien, tampoco se trata de entrometerse, o de quedar atrapado a la altura del par mediante estrategias que buscan la amistad. El *tacto* de cada analista le hará ubicarse en la justa medida, la cual, a mi entender, sería una posición *extima*, ni afuera ni adentro, sino una posición tal que le permita abrir espacios allí donde lea que es necesario y donde otras disciplinas, con sus saberes propios, no pueden leer.

Esta posición tiene otra ventaja. Tratándose de una institución es infrecuente que la demanda provenga de los niños que allí concurren, lo que no significa que nunca suceda (la primera de mis viñetas lo muestra). Sin embargo, usualmente la mayor parte de las demandas vienen del lado de la institución. Por lo tanto, esta posición *extima* conviene a las intervenciones del analista ya que permitiría no quedar atrapado en el discurso amo de la institución respondiendo a sus demandas de normalidad. Discurso que tiende a desconocer la falta y encarna en su horizonte los ideales imposibles de felicidad.

Ahora bien, no es mi anhelo que lo expuesto hasta aquí aspire a elevarse a la condición de regla técnica, más bien es lo que pude recoger como saldo de una práctica personal que intento transmitir al modo de experiencia. Como ya he dicho, en el psicoanálisis no hay una técnica para copiar, no es una práctica de la imitación o de la aplicación de un saber. Los conceptos están vivos, cada caso es nuevo, por eso se trata de reinventar el psicoanálisis cada vez, de darle lugar a la sorpresa.

Es en este sentido que pienso a la reflexión como una continua ventilación de los tapetes polvorientos del psicoanálisis, como un intento de no quedar fijados en el “Lacan dijo”.

Conclusión

Para concluir este ensayo, resta reafirmar la importancia de reflexionar sobre la práctica psicoanalítica. ¿Por qué esto merece nuestra especial consideración? Si hasta aquí no hubiera sido respondida esta pregunta, un argumento más es el siguiente: la reflexión sobre la práctica es un tema de interés al psicoanálisis porque toca un tópico indispensable como es la formación del analista. La base para dicha formación ya la emplazó Freud con su trípode: el análisis personal, el análisis de control y la formación teórica. ¿Pero solo en esto se sostiene una praxis como la del psicoanálisis? Tal vez en principio sí, pero sucede que podemos enfrentarnos con nuevos reales de los cuales la formación teórica y la consecuente técnica no da cuenta. Freud lo dice a su manera, "... la riqueza de los factores que hemos de determinar se oponen también a una mecanización de la técnica" (Freud, 2012, p. 1661) Allí comienza el aventurarse.

Otra justificación que ofrece la actividad de la reflexión es que los acontecimientos que se desenvuelven en la práctica analítica muchas veces son opacos; la reflexión entonces busca que esos acontecimientos no se diluyan sin dejar una inscripción. Por ende, no se trata solo de escribir, sino de inscribir, de hacer existir la experiencia dejando marcas. Esa es una de las formas de impulsar el pasaje desde la práctica hacia la experiencia.

Pero ello no significa que todo lo que se desenvuelve en el terreno de la praxis sea pasible de inscripción, y por ende, de transmisión, ya que siempre queda un resto que permanece inevitablemente oscuro.

Entonces ¿Cuál sería la ganancia de ese pasaje de la práctica a la experiencia? ¿Acaso cómo consecuencia de la experiencia devendría un saber teórico, un saber práctico?

En mi opinión, lo que se promueve más bien es una facultad, la capacidad de inventar, arriesgar, aventurarse, apostar, dejándose llevar por el camino de las singularidades que propone cada sujeto. En mi opinión, este es el camino que revitaliza el psicoanálisis y lo salva del aburrimiento, de la cristalización, de la aplicación automática de una técnica

A mi entender, esta aptitud del analista de tolerar el no saber, la sorpresa, es sumamente valiosa, ya que las singularidades no admiten un englobamiento. Por lo tanto, no hay una técnica general que pueda ser transmitida; por el contrario, de lo que se trata es de modelar la práctica, caso por caso; se trata de abrir el sendero, haciendo camino al andar. Esto no quiere decir andar errante, sin una brújula, ya que los marcos que estructuran la práctica estarán dados por sus fundamentos.

La competencia para esta disposición del analista, dejando de lado la necesaria formación teórica y el análisis personal, estará dada en gran medida por la experiencia ganada que irá configurando el estilo del analista. Así, el analista dispuesto hacia el ejercicio de la reflexión sobre su práctica, podrá forjar sus armas que le concederán la seguridad necesaria para no retroceder ante los niños ni ante las instituciones que a estos acogen.

Referencias bibliográficas

- Colovini, M. (Mayo 2015) Distinguiendo nociones y abriendo preguntas acerca del sufrimiento en los niños. *Revista Uaricha* Recuperado de: revistauaricha.umich.mx/Articulos/uaricha_1228_071-086.pdf
- Eidelsztein, A. las estructuras clínicas a partir de Lacan I. Letra viva. Buenos aires, 2012.
- Flesler, A. El niño en análisis y las intervenciones del analista. Paidós. Buenos aires, 2016.
- Freud, S. "La iniciación del tratamiento", Obras Completas Tomo 12. Siglo XXI editores. Buenos Aires, 2013.
- Lacan, J. El seminario, Libro 22, RSI. 1974-5. Inedito
- Lacan, J. "La dirección de la cura", Escritos 2. Siglo XXI editores. Buenos Aires, 2013.
- Laurent, E. (2000) Canibalismo y don de la palabra. "Más allá de las normas, el detalle". Conferencia de clausura de la Jornada del CIEN, Buenos Aires.
- Laurent, E. Psicoanálisis y salud mental. Tres Haches. Buenos Aires, 2014
- Miller, J. A. Conferencias porteñas, tomo 3. Paidós. Buenos Aires, 2010.
- Vegh, I. las intervenciones del analista. Agalma. Buenos Aires, 1997.
- Vegh, I. Los discursos y la cura. Acme agalma. Buenos Aires, 1999.